

EL DIOS Y SU MESÍAS

Siempre quise ser como Clint Eastwood (como los personajes de Clint Eastwood), y Alfredo también, en esencia como alguno de esos personajes que de vez en cuando reparten, siempre merecidamente, a toda una serie de hijosdelagranputa con los que se van tropezando, unas contundentes hostias justicieras o unos cuantos disparos fulminantes. Sin duda esta es una visión muy simple de la grandeza cinematográfica de Clint Eastwood, de la que este no es el momento ni el libro para hablar, pero sí que podemos decir que la poesía, los poemas de *El hijo de Clint Eastwood* son como los disparos de William Munny, en la genial *Sin perdón*, cuando venga el salvaje asesinato cometido contra su socio, Led Logan: disparos salutíferos y redentores. Tan vivificantes como pueden los poemas: «Justicia en el mundo»: *Otros se mueren/ de sed/ y nosotros nos meamos/ en las piscinas*. O como «A un poeta que iba a caballo»: *Bájate/ del caballo/ no lo fatigues/ con tus sentencias de burro*.

Alfredo pellizca mi vanidad diciéndome que muchos de estos poemas son «juaníticos» y logra conseguirlo porque uno no puede evitar estar orgulloso por sentir un vínculo personal con esos versos que te deslumbran, pero no porque sean «juaníticos», que no lo son, sino porque la intención de muchos de esos poemas se gestó en unos años en los que Alfredo y yo compartíamos, casi con frecuencia diaria, un torrente de poemas que íbamos escribiendo sin cesar. Alfredo sigue siendo un hontanar continuo de poemas y de creación en general y yo sigo en continua y pertinaz sequía, esperando que algún día lleguen vientos húmedos y propicios que, sin duda, llegarán. Poemas que llegaban maduros, ya escritos o bien que se gestaban bajo el calor fecundo de la conversación. A veces, como un trallazo luminoso que daba sentido a la vulgar realidad que nos rodeaba —y nos rodea—, el verso definitivo, hiriente, revelador, aparecía justo en la despedida. Hablar de poesía es más divertido que escribir poemas porque se vive la emoción del diálogo y la controversia, una emoción viva que contrasta con la soledad de pergeñar versos. Otra cosa es escribir un un buen poema. Eso no tiene precio y bien vale todas las soledades del mundo.

Y hablando de despedidas, poco más tengo que decir, no soy filólogo, no soy exégeta, no sé escribir prólogos. Una vez a punto estuve de perder una buena amistad por no escribirle a un amigo unas palabras previas a su libro de poesía visual. Esta vez igual sucede lo mismo, y justamente por escribir lo que ahora escribo. Pero les voy a decir sobre *El hijo de Clint Eastwood*, con palabras sencillas y claras, lo más importante que se puede decir de un libro, de un libro de Alfredo Gavín: que es un buen libro de poemas, concretamente, un libro muy bueno, que hay poemas buenísimos, que a mí me hubiera gustado escribir y de verdad decir que son míos y que si algún día se produce un cataclismo nuclear, o cosa parecida, que no deje apenas recuerdos del paso de la humanidad por este planeta, si al cabo de unos cuantos millones de años aparecen por aquí unos extraterrestres curiosos y se encuentran un ejemplar en perfecto estado de *El hijo de Clint Eastwood*, envuelto por kilos de poliéster fundido, cual insecto en resina, descubrirán entonces esos *alien* que la humanidad fue una especie formada por seres inteligentes e irónicos, seres valientes que defendían su dignidad y la de los demás, que crearon mundos complejos de enorme belleza, que no dejaban de preguntarse a sí mismos qué hacían y por qué estaban en ese mundo, que se gozaban de una cosa llamada amor, que fueron sensibles antes las penas de los otros, pero maestros despiadados en la sátira, en la ajena, y por supuesto, en la propia, que un ansia de libertad y justicia dirigía su existencia, impregnaba sus escritos, daba sentido a sus actos. Que Clint Eastwood fue el único dios verdadero. Y Alfredo Gavín su mesías.